



# Sotto voce

YOLANDA QUIRALTE



---

---

*La música es la taquigrafía de la emoción.*

*León Tolstoi*

## Prólogo

Marina podría haber dicho que no, pero eso era algo que a ella no le salía de forma natural, así que sin desearlo ni por un solo segundo, se vio metida en un avión rumbo a Roma. La idea de volver a pisar ese suelo histórico siempre le entusiasmaba, el problema es que tenía gripe, de las grandes, de esas que te dejan tirada como una alpargata.

Facturó la maleta medio vacía y se sentó en el asiento que le había reservado su jefe. Le dolía todo el cuerpo, hasta la nariz puntiaguda. No recordaba haber estado así de enferma desde que tuvo el sarampión a la temprana edad de tres años, hito que tenía grabado en su memoria porque la había obligado a quedarse en casa llena de lunares rojos, en lugar de ir a la primera excursión de su vida, la granja escuela.

Ahora, con veinticuatro años más y una fiebre propia de un niño pequeño, viajaba rumbo a la ciudad más bonita del mundo moqueando como una auténtica campeona. Hubiera dado cualquier cosa por haberse acordado de meter en el bolso los puñeteros medicamentos para la gripe.

—Señorita, disculpe, vamos a aterrizar. Haga usted el favor de abrocharse el cinturón.

---

De acuerdo, se había equivocado de viaje. La azafata acababa de hablarle en swahili.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Entiende mi idioma? ¿Cómo se llama?

¿Swahili o japonés? No estaba muy segura... Hubiera jurado que iba a Roma. Intrigada, por si había recorrido medio mundo en lo que a ella le parecía menos de dos horas, hizo un intento por abrir los ojos. Le salió bien a la tercera. No estaba mal.

—Hablo castellano y quizás un poco de inglés.

La azafata la miró con estupefacción, cosa que Marina no comprendió. Lo que de verdad le impresionaba era que una muchacha tan joven y de apariencia occidental hablara tan bien el chino. ¿Se habría educado en Pekín?

—CAS-TE-LLA-NO —repitió con la firme intención de que se entendieran.

—No se preocupe, tranquila. Ya estamos llegando al aeropuerto y enseguida podrá visitarla un médico. Debe usted tener mucha fiebre. Ahora vuelvo. Voy a por agua.

Marina vio cómo se alejaba la azafata. Vaya con ella, qué bien hablaba holandés. Qué prodigio de chica. Eso sí que era personal bien cualificado. Pensaba redactar una notita a la compañía para aplaudir la cultura de las auxiliares, en cuanto se bajara de la nave espacial que la llevaba a Plutón. Viajar le encantaba.

---

*Quien canta, sus males espanta.*

*Cervantes*

# Capítulo 1

Despertó mareada como si hubiera pasado la noche subida en una montaña rusa, algo, por cierto, que no recordaba haber hecho jamás. Le costó un buen rato conseguir mover los brazos. Pesaban más de lo habitual. Estaba helada. Eso pudo comprobarlo cuando se encontró los dedos. ¿Qué narices le ocurría?

Frunció el ceño y respiró, o al menos lo intentó. ¿Quién le había puesto una pinza en la nariz? Vale, ahí estaba pasando algo grave y ella no había sido informada. Abrió los ojos y no vio nada. Oscuridad plena a excepción de dos rayitas intermitentes que se perdían en lo más profundo del abismo. La habían secuestrado; esa era la única explicación. Decidió ponerse a chillar, al fin y al cabo, era lo mejor. Llevaba años viéndolo en las películas que emitían los sábados por la tarde. Historias que ella nunca terminaba porque siempre acababa dormida como una marmota, tapada con su mantita de sofá favorita. Sí, esa de lunares morados que le regaló la vecina del tercero cuando salvó a su agapornis de morir asfixiado por el humo del puro del desagradable ser que habitaba en el tercero B.

Le encantaba divagar, era más que evidente, pero en ese momento se enfadó mucho consigo misma. ¿Cómo era posible

---

que en medio de un secuestro pensara en lunares, vecinos y agapornis? Necesitaba despejar su mente un poco, eso estaba más que claro. Hablar y pensar a la vez, aunque fuera con su mismo ser, estaba resultando de lo más complejo. ¿La habrían drogado? Era muy posible. Tácticas de secuestrador para atontar la mente de sus pobres víctimas. Ahí estaba la explicación: drogada con una sustancia de última generación. Bueno, pues solo quedaba esperar a que se le pasara el efecto. Justo antes de volver a dormirse, Marina pensó que sería genial que la droga no le dejara el cerebro agujereado como un queso gruyere. Ay, qué paciencia debía tener una con malhechores y mangantes.

Pablo comenzó a preocuparse al tercer día, cuando la chica a la que había ayudado en el avión, empezó a hablar en sueños sobre Plutón, gánsteres, éxtasis fluorescente y malvados seres de planetas exteriores. Lo peor de todo era que lo decía muy convencida y a voz en grito mientras dormía.

Si no hubiera viajado con sus padres, ambos médicos de profesión, ni se le hubiera pasado por la cabeza meter en el diminuto apartamento de una habitación de la Vía del Corso, que había alquilado por el módico precio de mil trescientos cincuenta euros por un mes, a la sujeta peligrosa que ahora luchaba con elfos imaginarios.

—Gripe. Una gripe tremenda —diagnosticaron los dos aprovechándose de él porque todavía estaba aturdido por el miedo que le daba viajar en avión—. No vamos a dejarla sola en un hospital, pobre. Tiene mucha fiebre y viaja sola. Si a ti te hubiera pasado lo mismo, hijo mío, para nosotros sería un alivio saber que alguien te ha ayudado. ¿No crees?

Pablo no estuvo muy de acuerdo, sobre todo cuando sus padres decidieron viajar a Venecia justo al día siguiente de llegar a Roma. Muy bonito.

---

—Déjala dormir, solo necesita eso. Descansar y paracetamol de un gramo cada seis horas si ves que sigue teniendo mucha fiebre. Si le va bajando, cada ocho. Hala, hijo, nos vamos tranquilos, está en buenas manos. Que disfrutes de tus primeros días en Roma. Volveremos el viernes. Cuidaros mucho.

Portazo y hasta el viernes. Toma ya. Solo era sábado. Genial, una semana a cargo de una desconocida que deliraba como si estuviera metida en la Guerra de las Galaxias acompañada de Al Capone.

—¡No tengo el microchip, malvado de la vida! Es inútil que sigas buscando. Hace años que dejé el espionaje. Vuelve a tu planeta y cástate con ese chucho tan feo que llevas a todas partes.

A Marina le ardían los ojos como si hubiera metido las pestañas en las fauces del infierno, eso, sin ser nada exagerada. Tenía la garganta como una lija y moqueaba en plan babosa. No había que ser un lince para llegar a la conclusión de que estaba enferma. Raro en ella, pero real. A oscuras, palpó buscando su mesita de noche para encender la luz, pero pronto descubrió que allí no había ni luz, ni mesita, ni nada de lo que ella recordaba. Mal, muy mal, ahí estaba pasando algo.

Se sentó en la cama, medio zombi, y respiró como pudo. El ruido que emitieron sus fosas nasales fue similar al de un rinoceronte en celo. Al borde del soponcio, pero decidida a averiguar qué castañas estaba pasando en su casa, se levantó e intentó calzarse las zapatillas de pelusa verde que se había comprado en las rebajas. Allí no había ni pelusa, ni la alfombra mugrosa pero suave que le encantaba pisar al levantarse. La cosa iba a peor y solo llevaba cinco minutos despierta. Miró a ambos lados y vio la ranurita de la puerta. Al fondo una luz. ¿Quién demonios había cambiado la puerta de sitio?

Pablo oyó ruidos en la habitación y salió del baño. Ni siquiera se le ocurrió pensar que estaba desnudo, solo con los calcetines

---

puestos, ya que acababa de darse una ducha y apenas había comenzado a vestirse. Si hubiera sabido que el yeti deambulaba por su pasillo, se habría atrincherado en el minúsculo aseo para no salir de allí jamás.

El grito debió oírse en toda la Plaza del Popolo. El suyo no, sino el de la mujer resurgida de las tinieblas. ¡Menuda zumbada!

El corazón de Marina retumbaba por toda la habitación. ¡Dios mío! ¿Dónde estaba y quién era ese tío en pelotas? Temblando como un bicho bola, se sentó en la cama, no sin antes haber pasado el seguro de la puerta, dado al interruptor de la luz, y haber ordenado a las dentritas de sus neuronas que establecieran rápida conexión entre ellas. La orden pareció dar resultado y las sinapsis de sus células nerviosas comenzaron a enviarle datos coherentes sobre sus recuerdos:

1. Iba en un avión.
2. Estaba enferma.
3. Se llamaba Marina Gómez
4. Su destino era Roma.
5. Era la ayudante del mejor y más reputado representante de cantantes de ópera.
6. Tenía veintisiete años.
7. Le gustaba el chocolate.
8. Tenía una reunión muy importante.
9. No sabía dónde estaba.
10. Había un hombre desnudo a solo cinco metros de ella.

CONCLUSIÓN: Iba a llorar.

Cuatro minutos después de haber comenzado a berrear, su cerebro le mandó la orden definitiva: «busca el móvil y llama a Tom».

—¿Sí?



---

—¿Tom?

—¡Cariño! ¿Estás bien? ¿Dónde te has metido? No sé las veces que te he llamado. Pero, mi vida bonita, ¿puede saberse qué te ha pasado? Hemos llamado hasta a la Interpol.

Marina había comenzado a llorar de nuevo en cuanto oyó la profunda voz de su jefe. Era como un padre para ella y poseía esa facultad tan peculiar que hacía que todo el mundo se encontrara bien en su presencia.

—Me he perdido, Tom. No tengo ni idea de dónde estoy. ¿Cómo está todo por casa?

—En casa todo bien, tranquila —se apresuró a decir—. ¿Que te has perdido? ¿Dónde?

En la sede de la *Manager Lyrics World* todos dieron un salto al escucharle gritar.

—No lo sé, Tom —sollozó de nuevo—. Lo último que recuerdo es tu abrazo en la terminal del aeropuerto de Barcelona. ¿De verdad todo marcha bien?

—Sí, fenomenal. Marinita, por Dios, dime que te encuentras bien. ¿Sigues enferma? Es que no debía haberte dejado subir al avión en ese estado, pero, hija, eres tan testaruda que convences hasta a los sapos.

—No me regañes, acabo de despertarme en la cama de un piso que no sé dónde está y lo peor de todo es que había un tío en bolas.

—¿Cómo? ¿En la cama contigo? —A Marina no le dio tiempo de responder que no, que el de las bolas estaba en el baño—. Voy a buscarte ahora mismo. No te muevas de ahí —dijo Tom sin pararse a pensar que era una perogrullada del tamaño de un peñón.

—¡Pero si no sé dónde estoy!

—¡¡Pregúntale al que va en cueros!! ¡¡Oh no, mejor aún, llama a la policía!!

—Tom, ¡no puedo llamar a la policía y decirles que vengan a rescatarme si no sé dónde estoy!

---

—¿Hay ventanas cerca, Marinita?

Miró a su alrededor y le dieron ganas de abofetearse. Diez minutos con la luz encendida y no se le había ocurrido subir la persiana y abrir la ventana. Regañó con firmeza a sus neuronas y después de decirle a Tom que esperara un segundo, se encaminó a la ventana dichosa. Lo que vio la dejó mucho más tranquila. ¡Ya sabía dónde estaba!

—Estoy en la Vía del Corso, Tom. El piso está en el centro de Roma, casi puedo ver desde aquí la *Piazza dei Popolo*.

Un suspiro precedió a la contestación del manager.

—Bien, hija, ya te hemos ubicado, qué descanso. ¿Estás vestida?

Marina se miró. Uf, sí lo estaba, o por lo menos eso parecía. Llevaba un pijama de superhéroes donde cabían tres más como ella.

—Estoy en pijama, pero tengo la maleta conmigo. Me visto en un momento y salgo corriendo de aquí. Estate pendiente del teléfono. En cuanto haya escapado, te llamo otra vez.

Al pobre hombre no le dio tiempo de responder y su grito de «Ten cuidado» se quedó en el aire, pero todos en la oficina respiraron aliviados cuando les contó que su compañera, por fin, había aparecido.

A Pablo todavía le temblaban las espinillas de las piernas. No se había recuperado del susto por el encontronazo con la zumbada de la quinta dimensión y sus manos no atinaban a abrochar el pantalón. Se miró en el espejo y compuso su cara de cabreo supino. Casi una semana en Roma y aún no había podido comenzar a trabajar. Cinco días perdidos por completo y todo debido a la genial idea de sus padres a los que les encantaba emular a la Madre Teresa de Calcuta. Por si fuera poco, le habían cancelado una audición importante. Por ella había viajado a Roma en esas fechas. Si al menos sus padres hubieran sido capaces de no endosarle el marrón, él

---

hubiese empezado a organizarse en la escuela. Desde luego nada estaba funcionando tal y como él había esperado.

Un ruido en la puerta hizo que volviera a saltar. Armado con el desodorante, salió al pasillo. Casi se desmaya, de alivio, al ver entrar de la calle a sus queridos y espabilados progenitores.

—Hombre, los venecianos, los ilustres salvadores de la humanidad, por fin aparecen.

Greta y Jaime se miraron sorprendidos. Pablo iba vestido con la camiseta al revés, estaba en calcetines y parecía James Bond apuntándoles con un... bote de desodorante.

—¿Estás bien, hijo mío? ¿La muchacha te ha pegado la gripe?

—Vamos fuera a hablar, anda —pidió Pablo, contrariado, mientras se abrochaba el pantalón—. Necesito un café.

No hubo respuesta por parte de sus padres, solo un portazo que hizo saltar a Marina de alegría. ¡Su captor se había marchado! ¡Ya podía irse!

Dos ojos salieron por la rendija de la puerta. Los acompañaban tres dedos de la mano derecha. Cuando por fin Marina tuvo claro que no había nadie en ese pasillo pintado de azul, salió andando de puntillas agarrada a su maleta como si la vida le fuera en ello. Estaba dispuesta a estampársela en la cara al perverso que la había secuestrado, pero no, no estaba. Genial, incluso la puerta de la entrada estaba abierta, sin llave.

Emocionada al sentirse libre por primera vez desde que se había despertado, bajó las escaleras dando botes y salió a la calle. Por fin, ¡liberada! Dejó la maleta en el suelo, sacó la agarradera para tirar de ella y empezó a correr por toda la Vía del Corso hasta que llegó a un puesto de taxis. Subió en uno, le indicó las señas del hotel que había reservado desde la oficina y recordó que Tom esperaba su llamada.

—¡Tom? ¡Ya está! Voy camino del hotel en un taxi. Cuéntame todo lo que habéis hecho estos días...

---

---

*Sin música, la vida sería un error.*

*Nietzsche*

## Capítulo 2

Marina miró al recepcionista del hotel. Recordaba su cara agria de otras veces y su antipatía, pero lo de hoy se estaba pasando de la raya.

—Le repito que tengo una reserva hecha para el día el quince de octubre. Si no recuerdo mal, puedo realizar el *check in* hasta las siete de la tarde y según mi reloj —apuntó mirándose la fina cadena que lucía en la muñeca—, solo son las tres y media.

—Sí, señorita, así es —respondió en perfecto castellano sin mover una sola pestaña.

—Entonces, deme la llave de una vez.

—No puedo, le repito. A fecha de hoy no hay ninguna reserva a su nombre, tampoco lo hay al de *Manager Lyrics World*, ni al de Tom Soler. Usted, en este momento, no tiene reservada una habitación en nuestro hotel.

—Me está poniendo muy nerviosa. Exijo hablar con su gerente ahora mismo. —Volvió a mirar la hora—. Tengo una reunión muy importante, debo cambiarme de ropa para prepararla. Estoy cansada, agotada y...

—Perturbada...

—¿Perdone? ¿Cómo ha dicho?

---

—No he dicho nada, señorita, solo sugiero que tal vez debería consultar qué día es hoy en lugar de mirar tanto el reloj.

Un momento, allí estaba pasando algo extraño de nuevo. ¿Cómo que qué día era? Si no recordaba mal era quince de octubre..., o al menos lo era cuando cogió el avión a las seis y media de la mañana.

—¿Qué día es hoy? —preguntó mientras se le erizaba todo el pelo del cuerpo. Todo.

—Buena cuestión...

—No sea sarcástico conmigo y conteste, haga el favor.

—Hoy es veinte de octubre —respondió mostrando por primera vez una sonrisa, de superioridad, eso sí.

Marina se sujetó al mostrador. ¿Veinte de octubre? ¿Habían pasado cinco días desde que cogió el avión?

—¿Se encuentra bien, señorita?

—No mucho, la verdad. No sé dónde he estado los últimos cinco días. Salí de España el día quince.

Al recepcionista se le abrieron los ojos. Esa muchacha parecía muy perdida y por primera vez en su vida se compadeció de un cliente. En los muchos años que llevaba atendiendo la recepción del hotel, jamás le había sucedido. Siempre llegaban extranjeros, algunas veces maleducados, otras veces exigentes y él era el único que escuchaba sus continuas quejas, que si el calor, que si el ruido, que si lo cansado que era caminar, que si el tiempo no acompañaba, que si el desayuno estaba frío... Pocos de ellos se detenían a contemplar la ciudad con el amor con que él lo hacía. Marcelo pensaba sin duda alguna que a Roma le sobraban miles de turistas.

—Haga el favor de pasar al despacho, por favor —pidió—. Creo que usted necesita sentarse un momento para reflexionar.

El lugar al que acababa de acceder Marina era más grande de lo que parecía desde el otro lado del mostrador. Ubicado justo

---

detrás de este, de decoración sencilla y cómoda, parecía más una salita de estar que un despacho con su cafetera al fondo y esos sofás color borgoña que invitaban a sentarse.

—Es mi lugar de descanso, señorita. Cuando nadie precisa los servicios de la recepción, este es el sitio donde puede encontrarme. ¿Quiere un café? Es probable que le sentara muy bien. Está usted pálida.

Marina, alucinada, un estado al que había tomado afición en los últimos días, aceptó el café. Tenía un hambre feroz, del que no fue consciente hasta que su naricilla comenzó a captar el aroma de lo que parecía ser un buen *expresso*. Reconfortada por un olor tan familiar, comenzó a relajarse. Ya estaba bien, a salvo y con alguien que parecía querer ayudarla.

—Tome, es delicioso, va a sentirse mejor en cuanto lo beba. Ahora —dijo señalando uno de los sillones— siéntese y dígame en qué puedo serle útil.

—Debe usted pensar que estoy loca —se apresuró a señalar. La verdad es que ella misma lo pensaba—. Me llamo Marina Gómez —explicó intentando sonreír—. Soy española. Salí de Barcelona el día quince de octubre en el avión de las seis y veinte de la mañana. Recuerdo que me encontraba fatal, con una gripe tremenda y debí dormirme. Lo último que mi cabeza registró es a una simpática azafata, que hablaba muchos idiomas, diciéndome algo de que iba a comentar algo con el comandante.

—¿No recuerda haber bajado del avión?

—No. Sí tengo la sensación de haber estado enferma, pero cuando recobré el conocimiento estaba en una cama desconocida, en medio de una habitación extraña, en un piso de la *Via dei Corso*... —Pensó en el tío en pelotas y decidió omitir el detallito.

—¿Estaba sola en el piso?

Marina no pudo evitar sonrojarse.

---

—No, había un chico de unos treinta años en medio del pasillo que se marchó enseguida, gracias a lo cual pude coger mis maletas e irme.

—¿Señorita, no se le ocurrió preguntarle a ese hombre qué es lo que había pasado? A lo mejor esa persona solo estaba tratando de ayudarla, ya que estaba usted enferma.

Vale, acababa de sonrojarse el doble. La gripe y la fiebre debían haberle convertido el cerebro en una masa pegajosa de escasa utilidad. Mira que no pensar en eso. ¿De qué le había servido ver tantas películas de espías y secuestros?

—Es lo más probable. Quizás esa persona sepa explicarle qué pasó en esos cinco días. —El recepcionista sonrió. Aquella muchacha debía de haber tenido tanta fiebre que no había sido consciente de nada. Una vez más, decidió apiadarse de ella—. ¿Quiere usted que cuando termine mi turno a las cuatro la acompañe a hablar con ese joven?

Marina asintió con la cabeza a punto de echarse a llorar por ser tan lerda. Ella, que se las daba de inteligente y resuelta, se había y se estaba comportando como una niña boba de tres años.

—De acuerdo. Termine su café y cómase una pasta. A las cuatro vengo a buscarla. Cualquier cosa, ya sabe.

Pablo estaba al borde de un ataque de nervios por primera vez en su vida, bueno, por primera no, por segunda o tercera desde que esa mujercita había irrumpido en su organizada existencia para desaparecer cinco días más tarde sin dejar ni siquiera una nota de agradecimiento. Eso les pasaba por buenazos, por samaritanos, por ser un dechado de honestidad y civismo. ¿Cómo era posible que hiciera una cosa así? Desagradecida total. Insufrible, ser sin sentimientos, asco de tía, madre mía, qué cabreo. Desde que se había subido al avión y se había topado con «doña Virus» todo le había salido mal.



---

Si no hubiera sido porque la Academia de Santa Cecilia, uno de los centros de estudios más prestigiosos del mundo de la lírica, había requerido su presencia, ahora se encontraría en Zúrich disfrutando de un *Don Giovanni*, al que le tenía muchas ganas y del que había comprado las entradas hacía tres meses, veintidós días y cuatro horas. Pero no, estaba en medio de la calle, delante de Santa Cecilia, comiéndose los mocos porque tres días antes «alguien» había traspapelado el mensaje donde se le indicaba que se posponía la cita.

Había estudiado Administración de empresas, más por obligación que por vocación, más por no saber qué era lo que quería que por otra cosa y, de repente, después de llevar cuatro años en la facultad deslomándose, un concierto cambió su vida. Siempre le había gustado la música, incluso de adolescente estudió piano en el conservatorio sacando unas notas excelentes, pero lo que sintió en aquel recital, en aquel teatro de Valencia, era algo que no podía explicar con palabras. Literalmente, se sintió vivo, vibrante, con una ilusión que no había sentido nunca. Comenzó a suceder en cuanto sonaron los primeros acordes de *Rigoletto*, pero cuando llegó el aria de *La donna e mobile*, dejó de respirar. Estuvo llorando el resto de la ópera, allí, en silencio, rodeado de cientos de personas, sintiéndose conectado a esas notas como no lo había estado con nada. A partir de ahí, lo supo. Él quería hacer sentir a los demás lo que él había sentido.

Terminó la carrera de la cual solo le quedaban tres asignaturas y se plantó en el conservatorio. Dos años más tarde había acabado la carrera de piano y comenzado con gran éxito la de canto. Tras cientos de miles de clases particulares, una estancia en el Reina Sofía, otra en París, millón y medio de recitales benéficos por España y cuatro cursos en Santa Cecilia, ahí estaba, tirado como una estatua más de las de Roma. Plantado por la ayudante del mejor representante del mundo para cantantes líricos. Y todo

---

gracias a la alienígena con fiebre que se había llevado a casa en un gesto de buena voluntad. Si no se ponía a gritar era solo porque él nunca lo hacía, ya que cuidaba su voz más que su alma. Al fin y al cabo, eran lo mismo.

—Marcelo, no hay nadie en el piso. Es inútil que sigamos llamando. Llevamos dos horas esperando a que aparezca alguien y no hemos conseguido nada.

Marina estaba agotada, física y mentalmente, porque seguía sin comprender nada.

—Podemos volver más tarde si quiere, señorita. Tarde o temprano tiene que regresar.

—Déjelo —había tomado una decisión—. Mañana cogeré el primer vuelo que salga para España. Quiero estar en mi casa y olvidar todo lo que me ha pasado.

El recepcionista la miró. Su hija Tessa estaba de Erasmus en Londres. Ese era el motivo por el que se había apiadado de la española. Si a Tessa le sucediera cualquier cosa en Inglaterra, esperaba que alguien hiciera lo mismo con ella.

—¿Está segura? Mire que podemos tomarnos un helado en la *Gelateria Teatro* y volver más tarde —propuso sonriente.

—Acepto tomar un helado, siempre y cuando me deje que le invite, pero después buscaré un hotel para descansar desde el que pueda hacer la reserva del vuelo. Muchas gracias, Marcelo —añadió cogiendo al hombre de las manos—, ha sido usted un ángel conmigo.

—Venga, tomemos un dulce. ¿Sabía usted que la *Gelateria* es una de las mejores de Roma?

Dos horas y media después, tras el helado maravilloso y un relajante baño, Marina dormía en una de las suites del hotel Ponte Sisto gracias a la destreza de Marcelo. Él mismo se había encargado de que su protegida se encontrara cómoda y se sintiera segura.

---

Esa muchacha ya había tenido demasiadas emociones en tan pocos días.

Tranquilo, por primera vez desde que la había visto, pudo acomodarse en la salita de estar de la recepción y llamar a su mujer para decirle que le habían cambiado el turno en el hotel. Por nada del mundo quería dejar a Marina sola.

—No lo entendemos, Pablo, ¿cómo que te han cancelado la audición?

—La ayudante de Soler no se ha presentado y desde la agencia llamaron para posponer la cita —explicó Pablo por cuarta vez cada vez más enfadado.

—¿Y no podían haberte avisado antes, hijo? Después de todo no hubieras venido a Roma si no llega a ser por esa audición, ¿no?

Pablo no sabía si responder o meter la cabeza en el plato de sopa que su madre acababa de ponerle delante de la cara.

—¡Qué informalidad! Mira que hacerte eso.

—Mamá...

—Mujer, algo ha debido suceder. Si tienen esa fama debe ser por algo, ¿no, Pablete?

Pablo no pudo responder porque se acababa de meter la cuchara llena de sopa hirviendo en la boca.

—¡¡Quema!!

Sus padres lo miraron como si se tratara de un bicho raro en peligro de extinción. No lo habían visto tan alterado jamás. Él, Pablo, el rey del temple y del saber estar.

—¿Qué te pasa, cariño? —intentó indagar Greta—. Sabes que puedes contarnos lo que sea.

—No tengo ganas de hablar del tema.

—Pues te sentirías mucho mejor si nos lo contaras.

—Ya, mamá, pero no me apetece hablar. Si empiezo, no paro.

—Solo era una audición más...

---

—¡¡¡No!! Era la audición de mi vida —explotó—. ¿Tú sabes lo que significaría para mi carrera que esa agencia dijera sí? Cuando me llamaron de la academia para decirme que estaban buscando un barítono de mi registro, ni me lo pensé, y ahora, no se presentan a la cita. Eso es que han cambiado de opinión. Volvemos a estar en el punto de partida —añadió levantándose de la mesa—. ¿Entiendes lo que te digo? Era «mi oportunidad».

—Habrás más, cariño. ¿Qué explicación te han dado en Santa Cecilia?

—Mis profesores dijeron que llamaron para anular la cita y que ya se pondrían en contacto en otra ocasión. No había mucha gente en la academia, deben estar preparando el concierto de otoño.

—¿Por qué no llamas a la agencia?

—Sí, claro, cojo, llamo y digo: «Mira, soy Pablo Castellanos, el pringado al que habéis dejado tirado en Roma». Además, Soler no está, ha cogido unos días por cuestiones personales.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Pues, porque ya he llamado...

Greta y Jaime se miraron, si había sido capaz de llamar al representante es que era muy importante para él. Pablo llevaba muchos años trabajando duro. Se merecía una oportunidad y estaban seguros de que así sería tarde o temprano.

—Va a pasarte algo bueno, hijo, lo sé.

Pablo miró a sus padres desde la puerta. Necesitaba dar un paseo. No quería que lo vieran tan decepcionado. Se acercó a su madre y le dio un beso. Cinco minutos después subía y bajaba las escaleras de la Plaza de España aguantando la respiración.

Marina despertó envuelta en el edredón amarillo lleno de brocados de una de las mejores camas que había probado en sus viajes. Descansada y por fin animada, se dio otro baño aprove-